

ANTONIO PEREIRA publica 'Cuentos de la Cábila'

«Miento algo hasta en mi vida privada»

Tomás Val

Es, entre otras cosas, Hijo predilecto de Villafranca del Bierzo, doctor Honoris Causa por la Universidad de León, Premio de las Letras de Castilla y León. Autor de algunos de los mejores cuentos que se han escrito en los últimos 50 años en España y de cuentos es su último libro, 'Cuentos de la Cábila', que también podría llamarse 'Cuentos del otro lado', porque así se conocía el barrio de La Cábila por estar situado allende el río.

La colección Los libros de la Candamia, de la editorial Edilesa, presenta estas memorias inventadas del escritor berciano, el muchacho que hace sesenta y tantos años fue Antonio Pereira.

-¿Supone «Cuentos de la Cábila» una especie de recapitulación, un vistazo a los orígenes desde una edad provectora?

-Me gustaría que no llegara a mi casa, no diré ofendiéndome, pero sí recordándome ese dato amarilleante en mi DNI. Y menos con adjetivos como provectoro.

-Son ya setenta y siete años...

-¿Y qué es eso? Nada. A propósito, de todas las formas de llamar a los viejos, de todos los eufemismos que se emplean, el que más me gusta es el de envejeciente. Incluso tú lo eres, querido amigo.

-Envejecientes. ¿Otorga sabiduría el paso del tiempo?

-Otorga la sabiduría de la experiencia. Al menos en el escritor, otorga una especie desfachatez, un cierto impudor.

-Impudor y desfachatez. Son virtudes de la primera juventud.

-Este libro es una visión de mi niñez y adolescencia a través de la mirada del muchacho que fui.

Cánones literarios

-Debido a un polémico informe, hoy se habla mucho de literatura española. ¿Qué le parece el guirigay que se ha montado?

-Hace tiempo que se oía ruido de sables, pero parece que estos días ha habido casi un alzamiento. Fernando Vals es un crítico serio y competente. En su artículo no se propuso establecer un canon yo estoy hasta las narices de eso del canon. Es algo que está muy de moda...

-Quizás desde el libro de Harold Bloom, El canon occidental.

-No sé, no leo más que a los del 98 y esas modernidades me superan. Fernando Vals se propuso presentar una visión, forzosamente esquemática, que admite objeciones. Yo no comparto su valoración de Benet. Pero celebro presencias como la de Zúñiga o la de Alcántara, gran articulista y alto poeta. Eso pienso.

-Dice Vals que hay autores con una larga obra, Pereira entre ellos, que no hubieran protestado por no salir citados.

-Sí, porque esto es una consecuencia de la edad. En otro tiempo probablemente estaría al quite. Ahora todo esto me da un poco de risa. Hasta me sorprende que me cite.

-Dice que sólo lee a los del 98 y no me lo creo. ¿Qué piensa de la literatura actual?

-Habría que hablar de los alrededores de la literatura, de todo este comercio que hay montado. Me molesta porque puede producir daños en las verdaderas vocaciones. En España hay escritores que merecen atención y si no están dentro de determinados círculos su lucha es estéril. Eso es tremendo. Somos muchos los que escribimos; aquí el que lee con atención dos o tres libros enseguida se decide a escribir el cuarto.

-Me da la impresión de que «Cuentos de la Cábila» es ficción disfrazada de memoria.

-Sí, está bien visto. Sobre un armazón de apariencia autobiográfica, vuelo y fabulo mi carácter soñador de la adolescencia.

-¿Puede contar sin inventar?

-Mi condición de narrador y de creador, que en ese aspecto de la oralidad está tan próximo a mi país de El Bierzo, lo llevo tan dentro que cuando hablo con la gente confundo bastante la realidad con deseo y quimera. Me temo que miento algo hasta en la vida privada.

-El libro empieza, como no podía ser de otra manera en Pereira, con obispos.

-Hombre, claro. Si yo diera clases en un taller de escritura, haría ver que un cuento debe ser el resultado de saber una buena historia y saberla contar con brevedad y con intensidad. Pero falta un elemento: la transcendencia, decir más que lo dicen las palabras con las que está escrito. En ese cuento del obispo, el viaje de un muchacho con su padre a Astorga no pasaría de ser una batallita familiar. Pero deja de ser una crónica cuando entra la fantasía del 'toque de obispo' que hace el maquinista del tren cuando se acerca a una de esas ciudades que tienen obispo y no gobernador. Y adquiere la condición trascendente cuando mi padre dice: «Pero cuando hay que oír el toque de obispo es cuando el maquinista se acerca a la insigne sede mitral de Mondoñedo». Luego me enteré que en Mondoñedo no hay tren.

-Usted ha dado pocos escándalos.

-Sí, eso es una cosa que yo tendría que reconsiderar.

-¿Alguna amante famosa?

-Cállate. Le tengo advertida a mi mujer, a la vista de algunas memorias de grandes vedettes que se atribuyen grandes amores, «mira, criatura, no sufras: cuando yo muera a lo mejor alguna amiguilla o lectora se inventa una fábula».

